

"Aquellos que pueden hacer la guerra, pueden probablemente mantener la paz, y en Montevideo, que Ustedes retienen ahora por la fuerza, hay al menos tres cuartas partes de sus habitantes decididamente en contra de Ustedes, como Usted lo sabe muy bien y una ciudad tan favorablemente situada como está Montevideo, puede presentar personas capaces de gobernar." Lord Ponsomby (al vizconde de Inhambupe).

Pasado el golpe uruguayo de junio sobreviven quienes todavía quieren ver en él posibilidades de un "peruanismo". Que, curiosamente, suelen ser los mismos que insisten en ver al Brasil como orquestador de todo lo ocurrido.

Si los "peruanistas" existieron, como ya hemos contado en otro lugar de esta crónica, ello no fue más que un apuntar demagógico que por cierto no ha desaparecido. Y que así como en algún momento se buscó adular a los sindicatos —despistando así a los estrategas de la izquierda— hoy se podrá por otros medios procurar favor popular. No dudamos que pueda haber, los hay, oficiales con una real inclinación hacia la izquierda; pero no creemos que ellos hoy por hoy tengan posibilidad alguna si no se les ofrece, más adelante, algún sorpresivo desvío oportunista, de esos que, en estas situaciones indefinidas, suelen aparecer para torcer el proceso.

Si ir más lejos, hace pocos días, el general Gregorio Alvarez dio una conferencia privada a ejecutivos de las principales empresas extranjeras, y en ella emitió opiniones de tal modo tranquilizadoras para ese auditorio especialísimo, que fue finalmente ovacionado. Y esto fue antes del golpe, cuando aún no estaba tan claramente estampada la orientación hacia la derecha de la situación. De donde surge que si el general al cual se atribuían tendencias más liberales, se alinea con el resto, poco es lo que pueda esperarse, por mucho tiempo, de cambio de paso en esta marcha.

La mano hábil de Itamaraty dicese asimismo que ha inducido al golpe. En la Argentina, especialmente, hay quienes se empeñan en demostrarlo.

En estas cosas, no hay

Crónica íntima del golpe uruguayo (IX)

Ni brasileñista ni peruanista, el gobierno de facto nace de la crisis política y económica

El golpe de estado uruguayo reconoce, para el autor de esta serie de notas, causas propias. No es exacto que los acontecimientos se hayan precipitado por injerencia de la cancillería brasileña. Sanguinetti señala que Uruguay, ubicado entre los dos mayores estados de Latinoamérica, debe apelar a una política de equilibrio frente a Brasil y la Argen-

nada peor que no querer ver la realidad, que reconoce otros matices.

Porque tan indiscutible como que Bordaberry tiene una manifiesta simpatía por el régimen brasileño es que el golpe uruguayo, de larga y penosa gestación y de larga y penosa búsqueda de un modelo, reconoce causas propias. Buscar afuera lo que está adentro con creces, es ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. El golpe reconoce una crisis política de atomización de los partidos de ya larga data; supone un estancamiento económico de más de 15 años, que no puede borrarse como trasfondo de este proceso y como inicial generador de las tensiones sociales. Hace ya muchos años que no asciende el producto bruto del país y la inflación lo ha devorado. Luego de una contención en los años 1968, 1969 y 1970, renació multiplicada en 1972 (94%) con toda su secuela de fricciones y desacomodos. El golpe tan uruguayo es, que tiene esta larga historia, que empieza con los tupamaros y que hemos contado a lo largo de estas crónicas.

¿Es que Brasil no

ha simpatizado con la situación? Esa es otra cosa y como afirmamos lo anterior, cabe afirmar también que la diplomacia brasileña ha estado activa, procurando aprovechar la oportunidad que se le ofrecía para atraer a su influencia al Uruguay. Ni un segundo ha perdido en dar muestras de simpatía, en ofrecer apoyos, en buscar facilidades en un plano u otro.

Centenares de vehículos con destino al ejército, camiones pesados, automóviles Volkswagen, han venido desde Brasil rodando por las carreteras uruguayas con destino al Ejército; 815 mil dólares fue el monto de esa operación hecha a precio bajo y a facilidades más que cómodas. También combustible desde Petrobás y otros elementos de abastecimiento. Pero la verdad es que también de la Argentina han venido vehículos con destino a la policía y combustible de YPF, al punto que de ese origen fue el primero que llegó después del golpe (gas oil y querosene), cuando aún la refine-

rina. Si bien ahora se recuesta hacia la frontera norte, muchas veces ha hecho lo mismo con la frontera oeste. Esta serie, escrita originariamente para **La Opinión**, es distribuida internacionalmente por la Agencia **Latin** y se publica simultáneamente en **El Nacional** de Caracas, **Excelsior** de México y **O Estado de Sao Paulo**.

Escribe Julio María Sanguinetti

ría nacional uruguaya estaba en conflicto y acusaba déficit de producción. La política tradicional del Uruguay ha sido el equilibrio.

Esa es su historia, como que nació de la disputa entre los imperios portugués y español; esa es su geografía, pequeño territorio de 187 mil kilómetros cuadrados enclavado entre los dos estados más poderosos del continente. Necesariamente el Uruguay ha aprendido el arte del equilibrio, como razón instintiva de sobrevivencia. A veces ha parecido más inclinado hacia el otro lado del río de la Plata, como pasó en tiempo de Onganía; a veces ha aparecido más inclinado hacia el Norte, como pasa ahora. Pero su política ha seguido, y creemos que seguirá siendo, el equilibrio, tal cual lo indica —además— la proclamada fe nacionalista que reiteran sistemáticamente los principales conductores militares de la situación.

Por supuesto, el Uruguay tiene en Brasil y la Argentina su principal factor de dependencia. Quienes estudian estos

temas, suelen olvidar este hecho, subrayando una presencia imperialista norteamericana que prácticamente no existe en lo interior y omitiendo, en cambio, esa gran dominante de la evolución económica uruguaya. Sus mayores déficit comerciales están en sus fronteras vecinas y su condicionamiento económico, nace de allí. Tanto como que hasta su moneda sufre la influencia permanente de los precios relativos con la Argentina y Brasil, y el contrabando aparece siempre como señal de alarma.

Esta situación, entonces, mantiene inevitablemente en la escena a las dos potencias. En los últimos años, obvio es decirlo, la expansión económica brasileña, ha fortalecido su influencia hacia el río de la Plata, justo cuando los problemas internos no le han permitido a la Argentina asumir una diplomacia más constante y agresiva. En ese panorama, aparece en el Uruguay un movimiento con notable simpatía hacia el Brasil y he allí, entonces, una gran ventaja hacia un lado. Que, por el momento, viene tratando de consolidar, pero que nos imaginamos que la Argentina tratará de compensar.

El propio presidente uruguayo declaró públicamente su simpatía hacia el régimen brasileño y si hubo más tarde un desmentido oficial, quienes hemos estado cerca de él sabemos que ese sentimiento es auténtico en él y no lo oculta en la charla mano a mano.

Si la Argentina o Brasil desean realmente ayudar a que Uruguay mantenga su equilibrio tradicional y no pase a ser un satélite del otro, parecería muy claro que la primer tácti-

ca es la de atender los problemas económicos. Allí es donde el régimen uruguayo tendrá sus mayores necesidades; allí es donde jugará las posibilidades de su sobrevivencia.

El Uruguay sufre, repetimos, un persistente estancamiento económico. Lo que es grave en un país con un standard de vida alto, con un nivel cultural elevado y un pasado al que cuesta renunciar. Tiene un régimen de seguridad social tan generoso como costoso, incorporado a sus tradiciones por 70 años de evolución constante en la materia. Con la crisis económica, vino también la crisis de esa seguridad social y, con ambas, la política, que agregó además sus propios factores. Sumadas todas, la crisis espiritual, la de la fe del hombre uruguayo, la del decrecimiento, la de la suspicacia, socavó finalmente los cimientos del régimen democrático que era fácil presa de la vieja enfermedad de las democracias, sobre la que ya Aristóteles prevenía: la demagogia. Demagogia de un lado y demagogia del otro; exhibicionismo; escándalo político. Todos en el fondo sentíamos que había que buscar un camino que suponía sacrificios, pero todos deseábamos que el vecino empezara primero a recorrerlo.

En este punto sigue el país y allí es donde el nuevo régimen, aún sumamente débil, jugará un incierto destino. Quienes lo ayuden a superar esos problemas de su estancamiento serán sus amigos, porque atarán lazos firmes en la economía, por debajo de las superficies políticas. Quienes no lo entienden así, perderán pie rápidamente en este territorio que forjó su empecinada voluntad nacional en la disputa de los dos imperios conquistadores de la Sudamérica.

Próxima entrega: La Historia seguirá.

(C) La Opinión 1973.